

CAPITULO XIII

Sale Hernan Cortés con las máquinas de guerra.—Asaltan los españoles el gran *teocalli* y lo toman despues de una tenaz resistencia.—Queman los idolos.—Nuevos combates al volver á los cuarteles.

1520. Era en los últimos dias de Junio de 1520.

Junio. El emperador Moctezuma, mas agobiado por la pena que desgarraba su corazon, que por la herida que habia recibido de su pueblo el dia anterior, escuchaba desde su alcoba los alaridos de guerra y los instrumentos bélicos con que los guerreros mejicanos saludaban la luz de la aurora. Tres de sus hijos, sus ministros y algunos oficiales españoles, le rodeaban, procurando consolarle.

El bálsamo para la herida profunda que habia recibido en el alma, no existia. El emperador azteca continuaba negándose á recibir medicinas y rechazando toda curacion.

Hernan Cortés, despues de saludarle y manifestarse interesado por su salud, se dirigió á los cuarteles.

Las máquinas de guerra estaban concluidas. Era preciso tomar la ofensiva, para probar á los sitiadores que no era el temor quien habia detenido á los sitiados en sus fortificaciones.

Con los primeros destellos de la luz del dia, pudieron descubrir los españoles á sus contrarios, coronando en número infinito las azoteas, y extendiéndose como caudalosos rios por todas las calles de la ciudad. Las torres, el átrio superior y los terrados del grandioso *teocalli* que se levantaba á pocos pasos del cuartel castellano, se veian cubiertos de millares de guerreros, la mayor parte de ellos, jefes y capitanes del mas elevado rango.

El palacio de Axayacatl, ocupado por Cortés y sus pocos compañeros, parecia una frágil barca en medio del inmenso Océano, combatido por las hinchadas olas movidas por el huracan.

Todo estaba dispuesto para hacer una salida.

El general español y todos los soldados, asistieron, con profunda devocion, á la misa, que ofreció muy temprano el padre Olmedo, y se encomendaron á Dios con recogimiento y compuncion.

Cumplido con el deber religioso que aumentaba el valor del soldado, se formaron las tropas en los espaciosos patios.

Tres mil tlaxcaltecas, conducidos por sus mejores capitanes, iban de auxiliares. La columna salió pocos instantes despues de haber amanecido. Iban por delante las tres máquinas de guerra, con veinte escopeteros y balles-teros cada una; seguían los artilleros, con cuatro cañones, apoyados por otra fuerza de ballesteros y soldados

de espada y rodela; marchaba á continuacion el cuerpo de tlaxcaltecas, y cubria los costados y la retaguardia la caballería, para acudir al sitio que mas conviniese.

Mientras los sitiados se habían estado preparando para acometer con menos peligro, los sitiadores aumentaron sus fortificaciones y recibieron considerables refuerzos de todas las ciudades y pueblos de las provincias próximas. Poco podría valer, por lo mismo, tres débiles torres de madera, contra los numerosos ejércitos que inundaban la ciudad. Sin embargo, Hernan Cortés se veía precisado á estar á la ofensiva, pues únicamente, logrando causar terribles daños en el enemigo, podia esperar que los aztecas dejasen sus hostilidades, celebrando un convenio honroso. Permanecer á la defensiva en los cuarteles, hubiera sido manifestarse impotente; prolongar algunos dias mas la resistencia para morir luchando, ó rendirse por hambre y ser conducido con sus compañeros á la piedra de los sacrificios.

Poco tuvieron que andar los españoles para encontrarse con sus contrarios. En cuanto el ejército azteca notó el movimiento, se presentaron numerosos escuadrones á disputar el paso. Las máquinas avanzaron, cayendo sobre ellas un diluvio de grandes piedras, arrojadas de las azoteas, al mismo tiempo que de los parapetos levantados en las calles, de las ácequias cubiertas de canoas de guerreros y de las bocacalles en que se hallaban siempre muchos cuerpos de excelentes tropas, disparaban sus armas sobre las fuerzas que iban detrás de las torres. En cada punto algo dificultoso, se trababa una lucha obstinada. Si con denuedo

se habian batido los mejicanos los días anteriores, en aquel se manifestaron aun mas decididos y valientes, acaso por la confianza que les inspiraba el aumento de batallones que tenia (1). La caballería, dirigiendo la punta de las lanzas al rostro, les acometía, haciendo estragos, pero si retrocedian, era sin volver el rostro, combatiendo y retirándose en órden, ó metiéndose en las acequias, desde donde disparaban sus dardos y flechas, sin poder ser molestados por los jinetes (2). Con dificultades no menos poderosas se encontraba la infantería para destruir las casas de donde recibian el mayor daño. Cada edificio se hallaba cercado de agua y levantado el puente que daba paso á ellos. Para acometerlos, los soldados tenian que arrojar al canal, que pasaba por enfrente, y poner fuego á la casa que acometian, sufriendo durante ese tiempo una tempestad de piedras y de armas arrojadas, que les causaba grandes pérdidas. En vano las cuatro piezas de artillería hacian sus disparos sobre los edificios: su calibre era corto, y sus resultados, por lo mismo, muy lentos. Sin embargo, si para arrasar las paredes eran de poca potencia, no así contra los escuadrones de guerreros, en cuyas filas abrian inmensos claros. Pero ni las cargas de caballería, ni los tiros de cañon, ni el fuego de los arcabuces, ni el cortante filo de las espadas toledanas, hacian desmayar en lo

(1) «Si siempre muy bravamente habian peleado... muy mas fuertes con mayores fuerzas y escuadrones estaban en este dia.»—Bernal Díaz del Castillo.

(2) «Y si los iban alcanzando, luego se dejaban caer los mejicanos á su salvo en las acequias y laguna, donde tenian hechos otros reparos para los de á caballo.»—El mismo.

mas mínimo, el teson, el valor y la constancia de los mejicanos, cuyo firme carácter llamó la atención de sus contrarios que, como valientes, sabian hacer justicia á las bellas cualidades de los nativos (1). Cada punto que abandonaban habia sido antes teatro de furiosos combates, de donde se retiraban poco á poco, sin volver las espaldas, para hacerse fuertes en otras trincheras y casas, donde volvía á renovarse el combate.

Era cerca de medio dia, y las máquinas de madera se hallaban casi destrozadas por las enormes piedras que sobre ellas habian dejado caer desde las azoteas. Los soldados españoles estaban fatigados de combatir sin descanso; pero aun tenian que atacar un punto formidable antes de volver de su expedicion; el gran templo que se hallaba próximo á los cuarteles.

Los aztecas se habian situado en el vasto y sólido *teocalli*, edificio piramidal, dedicado al númen de la guerra Huitzilopochtli, que se levantaba á una altura de ciento cincuenta piés. Desde sus altas torres y terrados se dominaba completamente el palacio de Axayacatl. Los cuatro primeros cuerpos de la soberbia y sólida fábrica que se destacaba, como un gigante, por encima de todos los edificios, se veian cubiertos de numerosos escuadrones, ostentando ricos penachos, y armados de largas lanzas y de flechas. El quinto cuerpo, que era el último y el mas espacioso, pues en él se ha-

(1) «Cuatro soldados que se habian hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces á Dios, que guerras tan bravosas jamás habian visto en algunas que se babian hallado entre cristianos, y contra la artillería del Rey de Francia, ni del Gran Turco, ni gente como aquellos indios con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron.»—Bernal Díaz. Hist. de la Conq.

cian los sacrificios y se ostentaban los santuarios, estaba guarnecido, no por rudos soldados, sino por distinguidos jefes y capitanes de la nobleza azteca, formando un cuerpo de oficiales, no menos distinguidos por su valor que por su nacimiento. Brillantes armaduras cubrían sus cuerpos, y fuertes cascos, figurando cabezas de animales feroces y adornados de hermosas plumas, defendían su cabeza. Resplandecientes rodélas sostenían en el brazo izquierdo, y la lanza y el cortante *maquahuitl*, empuñaban en la mano derecha. Era el *maquahuitl*, un palo durísimo, de tres pies y medio de largo y cuatro dedos de ancho, armado de ambos lados de cortantes navajas de piedra *itztli*, encajadas y unidas fuertemente al palo con goma laca. Los españoles le daban el nombre de espada. Era arma temible; pues dividía la cabeza á un caballo de un solo golpe. Sin embargo, solo el primero era temible, pues las navajas perdían su filo fácilmente. Enormes piedras se veían á la orilla de los terrados y del átrio superior, colocadas allí para arrojarlas sobre los españoles, en caso de que osasen atacarles.

En el espacioso átrio superior del templo, donde se celebraban los bailes en las grandes fiestas religiosas, se encontraban numerosos escuadrones, preparados para disputar el paso á quien tratase de penetrar en el sagrado recinto. Hernán Cortés quiso desalojar á toda costa de aquel punto á sus contrarios. Era el punto dominante, desde donde descargaban de continuo sobre los cuarteles españoles una tempestad de piedra y de flechas que causaban graves daños sobre los sitiados. El general castellano se dirigió á la importante posi-

cion, resuelto á tomarla. Colocó sus fuerzas alrededor del templo, para defender las avenidas, por donde pudiesen los mejicanos ser auxiliados, y ordenó al capitán Escobar, que emprendiese, con la fuerza que mandaba, la subida al *teocalli*.

Para abrirse paso, acometió, con parte de la caballería, á los escuadrones que defendían el átrio inferior.

Al penetrar en éste, se escucharon los terribles alaridos de guerra, lanzados por los numerosos escuadrones aztecas allí situados. Las torres, el átrio superior, los terrados y las escaleras del templo se hallaban defendidas por bravos guerreros, á los cuales se unieron más de mil hombres que subieron al ver que se intentaba tomar el santuario. Allí estaban sus dioses; allí su reverenciado Huitzilopochtli que, según el oráculo, había ofrecido darles la victoria. El capitán Escobar y sus soldados, se dirigieron á la escalera, para subir al templo, trabándose una lucha tenaz, en que los mejicanos, armados de largas lanzas y dejando caer sobre los asaltantes enormes piedras y un diluvio de flechas, defendían la subida, oponiendo una resistencia vigorosa. Los sacerdotes de la sangrienta deidad, suelto el largo cabello y vestidos con las túnicas con que asistían al sacrificio, arengaban á los guerreros mejicanos, animándoles al combate. Mientras en la escalera del *teocalli* se luchaba por una y otra parte con imponderable denuedo, en el átrio inferior acometía la caballería á los numerosos batallones, que trataban de atacar por la retaguardia, á los soldados que habían emprendido la subida. Recias y sangrientas eran las acometidas; pero eran peligrosas aquellas cargas, porque los

caballos resbalaban sobre el bruñido pavimento de tersas losas, y muchos caían en tierra con daño de sus jinetes.

El ataque importante era, sin embargo, el que sostenía en la toma y defensa del templo. Las máquinas de guerra, desde donde los soldados que en ellas se hallaban, disparaban sus armas sobre los que disputaban la subida á sus compañeros, recibían terribles golpes de las piedras que arrojaban sobre ellos desde lo alto (1). Ni los continuos disparos que se hacían de sus ventanas, ni el incesante fuego de los cuatro cañones, lograban intimidar á los que defendían el *teocalli*. Destrozadas las máquinas de madera, los escopeteros y ballesteros que dentro estaban, salieron de ellas para defender la caballería.

Entre tanto, el capitán Escobar, procuraba subir las gradas del templo. La lucha entablada en ellas era tenaz. Varias veces llegó con su gente hasta el primer cuerpo del *teocalli*; pero otras tantas se vió obligado á retroceder, rodando de seis en seis los escalones.

Hernán Cortés, conociendo toda la importancia que pudiera dar á sus armas la toma del templo, así como todo el mal que sobrevendría á los españoles de una retirada en derrota, resolvió acaudillar por sí mismo á los asaltantes.

(1) Bernal Díaz, á quien sigo en lo referente á estos hechos de guerra, pone el ataque al *teocalli* el mismo día en que se estrenaron las máquinas de madera. «Y nos resistieron, dice, la subida (al *teocalli*) un buen rato, que no bastaban las torres. ni los tiros de ballestas, ni escopetas, ni los de á caballo, porque aunque querían arremeter los caballos, había unas losas muy grandes, empedrado todo el patio, que se iban á los caballos los piés y las manos.»—Bernal Díaz.

Le molestaba bastante una herida que había recibido en la mano izquierda en el primer combate; pero casi sintió desaparecer el dolor con el afán de la empresa.

Lleno de energía y de ardor bélico, desmontó de su caballo; hizo que le atasen la rodela en el brazo, y empuñando la espada, se lanzó á las gradas del templo para subir á las torres (1). El espíritu del soldado se reanimó al ver á su caudillo emprender el asalto, olvidando la herida y despreciando la muerte.

Pedro de Alvarado, Velázquez de León, Sandoval, Cristóbal de Olid y otros intrépidos capitanes, le siguieron.

La caballería y un cuerpo de arcabuceros, ballesteros y soldados de espada y rodela, quedaron en el átrio inferior, impidiendo que fuesen auxiliados los asaltados por nuevos escuadrones.

Al emprender la subida al primer terrado del *teocalli*, enormes piedras cayeron desde lo alto sobre los asaltantes, que detuvieron por un instante su paso. En seguida, un respetable número de guerreros, armados de largas lanzas, combatían denodadamente defendiendo la escalera, mientras una tempestad de flechas, arrojadas desde la altura, iba á dar encima de los españoles, que avanzaban cubiertos por sus escudos. Puesta planta en el primer cuerpo del *teocalli*, se trabó un combate sangriento. Para subir al inmediato cuerpo, era preciso rodear todo el terrado, para tomar la escalera que conducía al inmediato; y los escuadrones que

(1) «Aunque manco de la mano izquierda, de una herida que el primer día me habían dado, y liada la rodela en el brazo, fué á la torre con algunos españoles que me siguieron.»—Seg. carta de Cortés.

guarnecian cada uno de los cuerpos del templo piramidal, lo defendian con notable valentía.

No pudiendo resistir el empuje de los asaltantes, los defensores del primer terrado se subieron al segundo cuerpo, oponiendo, con las tropas que defendian éste, una resistencia aun mas tenaz que la anterior.

Hernan Cortés, Pedro de Alvarado, Velazquez de Leon y todos los capitanes, asi como los soldados, continuaron la subida, sufriendo nuevas granizadas de piedras y de flechas.

Como el *teocalli* tenia cinco cuerpos, y para llegar al último era preciso dar cuatro veces la vuelta al templo, por la disposicion en que he dicho que estaba la escalera, el caudillo español y los que le seguian, tenian que andar una milla para llegar al átrio superior y sostener tantos combates cuantos eran los terrados.

La fatiga y el cansancio de los españoles eran grandes, en aquel penoso combate de continua subida por una escalera bastante pendiente.

La resistencia que oponian los mejicanos, correspondia á la fama de valientes que tenian.

La lucha se sostenia por ambas partes con inponderable denuedo.

Los soldados castellanos, cubiertos de heridas y de sangre, lograron al fin llegar á lo alto del templo. Aquí tomó el combate mayores proporciones. El santuario y el espacioso átrio superior, estaban defendidos, como he dicho, no por vulgares guerreros, sino por lo mas granado de los capitanes y jefes del imperio. Era un combate á muerte en que de una y otra parte se proponian hacer los mayores esfuerzos para alcanzar la victoria. Los comba-

tientes, colocados á una altura de ciento cincuenta pies, se presentaban á la vista de la ciudad entera. Las miradas de la multitud se fijó en aquel campo de batalla que se elevaba á las nubes, y cuyos combatientes parecian seres aéreos, colocados ente el cielo y la tierra. El átrio superior ó cúspide del *teocalli*, presentaba la suficiente capacidad para que luchasen ámpliamente dos mil hombres. El pavimento era de blancas y bruñidas losas, iguales á las del átrio inferior. Ningun objeto que estorbaba el paso, se encontraba en aquella elevada plazoleta, á escepcion de la piedra de los sacrificios y las dos torres ó santuarios que ocupaban un extremo del recinto.

Al presentarse los soldados españoles en la cúspide del templo, los distinguidos guerreros aztecas que guarnecian la posicion, cubiertos de sus brillantes armaduras y esgrimiendo sus armas, se arrojaron sobre sus contrarios con furia espantosa. El general español les recibió serenamente, y en seguida acometió con las cortantes espadas y las agudas lanzas. Era un combate en que los asaltantes anhelaban el triunfo para apagar el brio de sus contrarios, con el objeto de alcanzar la paz y en que los asaltados defendian sus dioses y su reputacion. Unos y otros combatian, por lo mismo, con indecible arrojo, despreciando la vida, y teniendo por honra la muerte. Los sacerdotes aztecas, con sus negras vestiduras y suelto el enmarañado y largo cabello salpicado en sangre de víctimas, sacrificadas aquel día, animaban á los guerreros mejicanos al combate, ofreciéndoles la proteccion del dios Huitzilopochtli.

Las palabras de los ministros de la sanguinaria deidad,